

Oral History Project

Cristina Herrera González

McCullough

I. Interview transcript

En diciembre de 1989 estaba escribiendo un trabajo sobre las fuerzas militares en Panamá para un curso en la universidad de historia de Centroamérica. Era una obra de investigación que requería mucha lectura e indagación, y esto durante los meses en que se desarrollaba en Panamá la crisis con Manuel Noriega.

Como camarógrafo me había tocado cubrir unas manifestaciones y la reacción violenta de Noriega contra los habitantes de ciudad de Panamá. Por lo que sabía de las características de la historia panameña, yo esperaba que si los EE.UU. invadían Panamá el pueblo panameño se opondría fuertemente a la incursión.

Pero el 19 de diciembre del 89 mi papá nos despertó a la una de la madrugada para avisar que los EE.UU. estaban invadiendo Panamá. Él había oído esto en la radio. Ya mayor mi papá padecía de insomnio y oír la radio onda corta era su entretenimiento por las noches; fue entonces que escuchó la noticia de que los EE.UU. estaban invadiendo Panamá. Como siempre hacía cuando sucedía un evento importante, él despertó a toda la casa para que nos acercáramos a la radio. Minutos después de que oyéramos la noticia me llamaron del trabajo, de la oficina, para decirme que íbamos para Panamá a cubrir la invasión. Esto preocupó mucho a mi papá, pero bueno, ese era mi trabajo.

Así que horitas después estaba yo volando a Golfito, donde tomamos un taxi y cruzamos la frontera de Panamá y luego seguimos hacia adentro. Ya la frontera estaba militarizada. Empezamos a caminar hacia David, donde hicimos varias entrevistas todavía con militares panameños que estaban diciendo que ellos iban a resistir la invasión. Y avanzamos hasta Penonomé en el camino hacia Panamá y en Penonomé nos pararon unos camiones blindados de los EE.UU., y de ahí no podíamos pasar porque ya ellos habían tomado ese lugar e iban a tomar David. Entonces nosotros nos devolvimos corriendo hacia David y ahí nos preparamos a ver la toma de David por parte de los gringos. Los comandos se tiraban de helicópteros, tomaron el aeropuerto de David, los cuarteles y demás, y hubo al principio intercambio de disparos, pero luego, muy rápidamente y creo que sin necesidad de

matar a nadie los panameños se rindieron, levantaron una bandera blanca y se fueron rindiendo muy rápidamente. Lo mismo pasó en Panamá centro, aunque en Panamá centro bombardearon y las bombas cayeron en el primer cuartel de Panamá ubicado en Chorrío, que es un barrio muy grande, un poco así como Hatillo, y claro muchas bombas cayeron en el barrio. Nunca se supo con certeza cuánta gente murió ahí, probablemente muchas, unas 10 mil o más personas. Entonces a mí me sorprendió mucho lo relativamente rápida que fue la toma, pues yo creía que iba a haber una ofensiva muy violenta de parte de los panameños.

Entonces Noriega desapareció durante muchos días. Por ahí decían que él estaba en la zona de David, donde nos tenían los de la NBC atentos a si Noriega aparecía. En los días antes de la invasión, Noriega había repartido fusiles a los civiles confiando en que la gente saldría a combatir a los gringos por su cuenta, y bueno, sucede que en un lugarcito que se llama Volcán habían dejado al lado de la calle un furgón lleno de fusiles rusos AK-47, y lo que la gente hizo fue agarrar los fusiles y las municiones y hacer loco, emborracharse y pelearse entre ellos. Entonces a mí me tocó ir a ver una sesión de misa muy interesante en que el curita le rogaba a la gente que ya no más, que devolvieran los rifles, y entonces la gente empezó a llegar a la iglesia a dejar los fusiles en una pila afuera. Todo fue pacífico y nadie se opuso a la invasión.

En ese entonces Noriega no aparecía y había mucha tensión y preocupación. Noriega apareció el 24 de diciembre dentro de la nunciatura de Panamá, y bueno, lo que la gente hizo fue salir a las calles a celebrar en masa. A mí eso me impresionó mucho porque lo que yo había entendido era que la gente estaba totalmente opuesta a la invasión. Pero la gente estaba harta ya de la crisis económica y el militarismo de Noriega y su matonismo, y también había temor de que los gringos se adueñaran del canal de Panamá y no lo devolvieran nunca, idíay, la verdad es que el gobierno de Bush padre temía que Noriega estuviera a cargo de un lugar tan importante para los intereses estadounidenses.

Todo esto estaba ocurriendo al mismo tiempo en que se derribaba el muro de Berlín, allá en noviembre del 89, por lo que formaba parte de un clima mundial de cambio.

Pues bien, los gringos tomaron Panamá y pusieron un presidente títere, el tal Cuchunco Endera, un gordito, y capturaron a Noriega y lo mandaron a prisión a Estados Unidos por unos veintitantos años. Acaba de salir y volver a Panamá.

Y luego en febrero me mandaron a cubrir las elecciones de Nicaragua, que marcaban el fin del conflicto nicaragüense. La guerra era entre los sandinistas y los contras, la

contrarrevolución, respaldada por los gringos y por la CIA tanto desde Honduras como desde el norte de Costa Rica. Esa fue una guerra sucia, una guerra de guerrillas llena de traición, bombas y terrorismo, y todo el escándalo de Irán-Contra en medio de eso, pues los gringos tenían un arreglo raro ahí en que entregaban armas a los contras y se llevaban drogas devuelta a los Estados Unidos. En fin, fue una guerra sucia que le costó muchos muertos a Nicaragua.

Ya te conté de como a mí me mandaron a ver el cementerio de Granada en que había un pabellón inmenso dedicado a un batallón de muchachos de mi edad, de 18 y 19 años. Para entonces la gente ya estaba harta del servicio militar obligatorio, harta de que se estuviera matando a los muchachos. La gente esperaba que los sandinistas acabaran con eso, lo que querían era vivir en paz, pero la guerra de la contra seguía y seguía. Era una guerra bien jodida porque los sandinistas entraron al poder con la intención de cambiar las cosas, y los primeros años hicieron cambios importantes, lanzaron una campaña de alfabetización que redujo muchísimo el analfabetismo, como del 70% al 40% en muy poco tiempo, y también eliminaron varias enfermedades infecciosas, mejoraron la nutrición de la gente, cosas buenas, pero cuando estaban en medio de ese esfuerzo los gringos les metieron las fuerzas de la contrarrevolución, y todo se truncó porque el gobierno de Nicaragua dedicó sus esfuerzos a defenderse de los contras.

Entonces esas elecciones eran el punto culminante del conflicto y también el punto culminante del plan de paz de Óscar Arias porque los gringos querían invadir Nicaragua desde hace mucho tiempo antes, y Óscar Arias insistía en que no, en que los sandinistas podían caer con elecciones limpias. Entonces esas elecciones decidían si había plan de paz o no. Pero por la invasión de Panamá los sandinistas temían que lo mismo ocurriera en Nicaragua, aunque sería diferente porque los sandinistas estaban muy bien armados. Yo una vez escuché el testimonio de una persona que estuvo presente cuando los gringos le presentaron a Arias el plan de invasión a Nicaragua y Arias lo rechazó, y los gringos le dijeron que iba a haber una cantidad importante de muertes incluso en Costa Rica, miles, porque estaban en Panamá y Nicaragua y el conflicto se podía extender de dos a seis meses, que la cosa iba bien. Así que lo que había en Centroamérica entonces era un ambiente totalmente de guerra, y las elecciones iban a ser el momento culminante de todo eso.

El día en que se dieron las elecciones, un domingo 20 de febrero del 90, fue sorprendente porque la gente salió a votar con tranquilidad, haciendo fila, en orden y con ganas de votar. Días antes lo que yo había visto ahí, porque estuve ahí toda la Semana Santa,

era que todo indicaba que los sandinistas iban a ganar. Yo fui a la manifestación de fuerza de los opositores a los sandinistas, el partido que encabezaba la señora Violeta Vargas de Chamorro, viuda de Pedro Joaquín Chamorro, que fue un periodista director y dueño del diario La Prensa, opositor de Somoza, cuya muerte en el año 77 prendió la llama de la insurrección en contra de la dictadura de Somoza. Pues ahora era su viuda quien encabezaba la papeleta, y yo fui a la manifestación de fuerza de ella en la Plaza de la Catedral, que se llenó pero no mucho. En cambio, en la manifestación de los sandinistas en la Plaza de la Revolución, que tiene una explanada enorme, a uno desde una loma no le alcanzaba la vista para el horizonte, tan repleta estaba de gente, miles y miles de personas. Y ese fue un acto muy bien escenificado, porque el momento culminante fue cuando llegó Daniel Ortega en un camión encapotado seguido de una caravana que levantaba una polvareda enorme, y en la tarde de un verano de febrero, entonces la polvareda creaba el efecto como de una pintura épica donde el caudillo venía avanzando por encima de las masas en medio de los rayos de luz de la tarde que iluminaban las nubes de polvo. Algo totalmente épico.

La gente esperaba que Ortega hiciera un anuncio sobre el servicio militar obligatorio, que era lo que muchísima gente quería, pero Ortega no se atrevió a hacerlo. Pero las encuestas decían que de todos modos Ortega iba a ganar, porque los encuestadores iban y le preguntaban a la gente por quién iba a votar, y le gente desconfiaba y mentía porque le tenía miedo a los sandinistas. Entonces todas las encuestadas decían que Ortega iba a ganar, excepto por una encuestadora costarricense, Borges y asociados, que no lo hizo con preguntas sino con una simulación, con urnas, y esa encuesta le daba el triunfo a Violeta Vargas Chamorro, y por eso todos la criticaron, incluso yo.

Entonces las elecciones se dieron con calma. Todos esperaban que los sandinistas anunciaran su victoria en la noche, pero llegaron a ser las siete, las ocho, las nueve y nada. Toda la prensa estaba en el centro de convenciones Los Palme, ahí estábamos miles de periodistas de todo el mundo. A las once de la noche, nada, y todo el mundo asustadísimo. Como a las doce y media salió el consejo electoral y dijo que en más de la mitad de las mesas escrutadas iba ganando Violeta Vargas Chamorro, con un cinco por ciento de ventaja. Eso cayó como un balde de agua fría porque se creía que los sandinistas no iban a aceptar el resultado, y si no aceptaban el resultado los gringos iban a invadir, y si los gringos invadían el plan de paz se vendría al suelo y todos entraríamos en guerra. Y efectivamente durante esa noche Daniel Ortega y su gente estaban reunidos dentro de la casa de los sandinistas

decidiendo si reconocían o no los resultados. Y había una parte importante del gabinete sandinista que no quería aceptar los resultados. Y si no los aceptaban iba a haber una guerra generalizada en Centroamérica con intervención militar de los EE.UU.

Pero a las seis de la mañana salieron los sandinistas y dijeron, algunos con los ojos llorosos, que aceptaban los resultados de la votación y que después de diez años de revolución abandonaban el poder. Ese anuncio fue recibido con lágrimas incluso por algunos miembros de la prensa, porque significaba el fin de una revolución que para muchos representaba el cambio y la utopía. Y Violeta Chamorro llegó al poder y no lo hizo tan mal, si bien es cierto que no era una política profesional ni nada, pero aún siendo un ama de casa se convirtió en lo que yo creo ha sido la mejor presidenta en la historia de Nicaragua, no robó nada e hizo lo mejor que pudo. Y lo más importante fue que Violeta Vargas Chamorro recibió el poder por los votos y entregó el poder por los votos, y causó un montón de reformas, por ejemplo convirtió al ejército nicaragüense en una institución nacional en vez de un instrumento del partido sandinista. Y eso junto con otros cambios que podrían parecer poco trascendentes pero que fueron muy trascendentes en el momento.

Entonces había una esperanza de que Nicaragua recuperara la paz y se reconstruyera económicamente, pero después hubo muchos malos gobiernos, mucha corrupción, y Nicaragua no se ha levantado todavía. Luego en el 2006 volvieron los sandinistas al poder con Daniel Ortega y bueno, ya tiene 10 años en el poder y no lo suelta, y gobierna de forma muy autoritaria. A pesar de eso el país está económicamente está creciendo, pero políticamente está así. Y esa fue la resonancia en Centroamérica de la caída del muro de Berlín.

En esos dos meses yo cambié mucho de pensar. Antes era muy radical. En Panamá aprendí que la gente al final se mueve por el estómago, por la necesidad de tener una vida tranquila, sana, segura. Y en Nicaragua aprendí que lo que uno ve con la vista difiere mucho de la realidad, porque ahí lo que la gente quería era que se terminara el servicio militar obligatorio, pero todos tenían una visión errónea de la situación producto de la capacidad de los sandinistas para movilizar y atemorizar a las personas. Pero en realidad no todos creían en los sandinistas. Eso fue difícil percibirlo. Todo ese período coincidía con el agravamiento de la guerra en Salvador, y en Noviembre también había habido una ofensiva importante del frente Farabundo Martí --a mí también me tocó ir a cubrir esto-- en que la guerrilla tomó un barrio de clase alta de El Salvador, el de Sinalón, que es algo así como Los Yoses. Todos

dudaban que la guerrilla pudiera hacer algo así, pero lo hizo gracias al apoyo de la gente. Pero nadie lo pensaba así. Todo eso estaba pasando a la vez en Centroamérica, y el miedo era que todo culminara con una invasión gringa. En noviembre ocurrió también la masacre de los jesuitas. Pero resultó que en Panamá la gente recibió a los EE.UU. con los brazos abiertos, en Nicaragua los sandinistas no triunfaron, y en El Salvador la guerrilla pudo hacer una ofensiva importante.

Gracias a todo esto me volví más moderado, y entendí que lo que tomaba por verdad era sólo parcialmente verdad, y que hay que buscar diversidad de ideas y puntos de vista para entender la verdad, y que todos los puntos de vista tienen algo de verdad.

II. Analysis and opinion

In December 1989 my father, then 19 years old, was sent as a cameraman for NBC to cover the United States' invasion of Panama. At the time he was writing a paper on the military forces in Panama for a university course on Central American history. From what he knew about Panama's political background, my father thought that if the United States ever invaded Panama the Panamanians would resist the invasion with all their strength. When the United States finally invaded he was surprised to see the Panamanians welcomed the Americans with open arms. In our interview he explained that beyond the anti-American talk of president Manuel Noriega was the hunger and exhaustion of Panama's people, who were tired of bearing with the sanctions that the U.S. imposed on Panama, the economic crisis that Panama was going through, and the authoritarian government of Manuel Noriega. My father had seen the U.S. dispatch bombs, tanks and paratroopers to Panama, which had nothing but loads of Russian AK-47's. All of Noriega's attempts to motivate his people to fight failed simply because the people were unwilling to shed blood and tears in a battle lost since the beginning. Noriega was captured and imprisoned by the U.S., who substituted him with puppet-president "Cuchunco" Endera. Although it took my father awhile to overcome the

disappointment he felt at first toward the Panamanians, he eventually came to understand that their surrender was not rooted in cowardice or lack of patriotism, but in the desire to protect their homes, towns and families from the threat of a colossal enemy. “People are led by the gut”, he told me, “and that is perfectly understandable”.

In February 1990, my father was sent to Nicaragua to report on the presidential elections. At the time, Nicaragua had endured a decade of bloody conflict against the U.S.-backed Contra forces charged with taking down the government of president Daniel Ortega and his party, the socialist National Sandinista Liberation Front. By this time the fighting was coming to an end; the Sandinistas gathered in Managua in a glorious, massive rally in support of Daniel Ortega’s reelection. Many hoped that in his speech Ortega would announce the abolition of mandatory military service for men above sixteen, which had cost the lives of tens of thousands of young men during the war. But Ortega, intimidated by the United States recent incursion into Panama, decided it was too risky to abolish the mandatory service at that time. Many think that this contributed to the Sandinistas’ losing the February 1990 elections, which my father and many others assumed they would win even though the Sandinistas had betrayed many of their ideals since they overthrew dictator Anastasio Somoza in 1979. Like in Panama, the people’s fatigue, grief, and hunger went beyond the fact that they had seen their children die fighting for the Sandinistas. All the people asked for was the abolishment of mandatory service for juveniles, and this was denied to them. The elections were won by Violeta Vargas Chamorro of the independent Unión Nacional Opositora, the first female president of Nicaragua and harbinger of one of the country’s most politically stable eras. For a few hours that Sunday many feared that the Sandinistas would not accept the defeat, in which case the United States military was ready to invade Nicaragua and begin a full-fledged war across Central America. Even then, my father saw some of his

reporter colleagues break into tears at the news of the Sandinistas' defeat. For everyone, the Sandinistas represented utopia, the culmination of hard work and sacrifice in service of a revolution. Once again, the realities of everyday civilian life were stronger than the great abstract ideals of a movement that went to great lengths to ensure the unanimous support of the people.

What my father saw as a cameraman and reporter in Panama and Nicaragua was the reflection in Central America of the fall of the Berlin Wall in Germany. It was the culmination of decades of violence and instability across the isthmus, and it proved to my father that the truth of a matter may not always lie where one thinks it will. He has since come to understand that one's point of view must be rooted in evidence from multiple sources, and more importantly, that different perspectives on large, complex subjects all have some truth in them. The interview he granted me not only gave me a profound insight into the political situation of Central America at the end of the 20th century, but also a greater understanding of the complexities that may underlie seemingly two-sided social conflicts.